

Emily Lawless

# Tras la hambruna

Traducción de  
*Julia Christmann\**  
*Melisa Rocío Fernández\*\**  
Universidad del Salvador  
Argentina

Ay, que ni una hoja en ti crezca  
Gris, desnuda tu tierra aparezca  
Donde tus hijos duermen bajo cielos celestes  
¡Qué gruesas son, Dios mío, sus tumbas tan recientes!

Estaban llenos de amor filial  
Tú eras un infierno maternal  
¡Infértil serás! Ni una hoja más;  
Sería una burla para el polvo.<sup>1</sup>

I

Nos mantuvimos callados por un tiempo, cada uno sentado en un sillón. Mi viejo amigo parecía no tener apuro para comenzar a relatar su historia, sino que, al contrario, era como si se hubiera sumido en un estado contemplativo y olvidado de mi existencia por completo. Finalmente, levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—He estado pensando —dijo, mientras le sonreía a la expresión impaciente que yo había adoptado como respuesta— qué extraño es que algunas impresiones parezcan conservarse frescas y vívidas, mientras que otras, que uno pensaría debieran ser mucho más permanentes, desaparezcan por completo. Supongo que he visto y hecho tantas cosas como mis vecinos, pero si me pidiera que le contara los detalles de los acontecimientos más

---

\* Traductora Científico-Literaria por la Universidad del Salvador (USAL). Actualmente está cursando la carrera de Traductorado Público de Inglés en USAL. Co-fundadora, junto con otras dos colegas, de *Crosslingua*, empresa que brinda servicios lingüísticos. Se desempeña como traductora en INTERPOL.

\*\* Traductora Científico-Literaria de Inglés (USAL) y estudiante avanzada del Traductorado Público en Inglés en USAL. Se especializa en traducción y redacción publicitaria. Se desempeña como profesional para la compañía de medios estadounidense Entravision. Co-fundadora, junto con otras dos colegas, de *Crosslingua*, empresa que brinda servicios lingüísticos.

1. Traducción de Nicole D'Agostino.

importantes de mi vida, no estoy seguro de ser capaz de recordarlos. Por otra parte, este incidente sobre el que voy a hablarle y que, hasta donde sé, no me afectó de forma permanente en absoluto, siempre lo he recordado tan vívidamente como la primera vez. En especial, cuando me encuentro en Irlanda, siento que todo podría haber ocurrido ayer, y me resulta difícil convencerme de que ya han pasado casi cincuenta años desde aquel momento. Se siente como si aún estuviera en el Castillo d'Arcy, como si aún estuviera observando a... ¡alto! No es así cómo debo contarle. Esta no es la forma correcta de comenzar. Será mejor que retroceda y le cuente la historia completa desde el principio, ya que de otra forma no podré hacerlo correctamente.

»Debo empezar por los motivos de mi viaje a Irlanda, que no eran para nada filantrópicos, y menos aún políticos, sino prácticos y financieros. Hacía un tiempo había comenzado a trabajar para la compañía de la que aún formo parte, y, junto con mis colegas, queríamos invertir una gran suma de dinero en tierras. En aquel momento, existía una cantidad enorme de opciones en Irlanda a precios extremadamente bajos, ya que habían sido puestas en venta por órdenes del Tribunal de Bienes Gravados<sup>2</sup>. Debido a que se había decidido que la suma de dinero se invertiría en tierras irlandesas, solo quedaba decidir qué terrenos se elegirían para ese fin. Yo era el más joven de la compañía, y los otros dos insistieron en que debería ir a Irlanda para explorar. Una de las propiedades disponibles se encontraba en un rincón remoto del condado de Galway, junto a la costa de Cashla Bay. Visto en papel, ocupaba un territorio enorme que se extendía desde el mar hasta el pie de la montaña. El propietario, el señor d'Arcy, había muerto poco tiempo atrás y los acreedores, que querían vender el terreno, nos lo habían ofrecido con condiciones más que convenientes. Al principio, la propuesta no me había entusiasmado, ya que no sabía nada sobre Irlanda. Y en cuanto a Cashla Bay, si me hubieran dicho que quedaba en Kamchatka, les hubiera creído. Sabía tan poco como todos los demás, solo lo que se comentaba en los periódicos, y... en resumen, no me entusiasmaba la propuesta. Sin embargo, no podía rehusarme a ir, y ninguno de mis colegas dio señales de querer hacerlo en mi lugar, por lo que al final, fui. Se había acordado de que dormiría en la casa que formaba parte de la propiedad, ya que se nos había informado que no había alojamiento en el distrito, pero más allá de esto, no tenía idea de qué esperar cuando llegara.

»Por lo tanto, partí. No es necesario que describa el viaje. Si bien fue más largo de lo que sería hoy en día, ya se había acordado de forma consi-

---

2. Del original «*Encumbered Estates' Court*». Tribunal creado por el Parlamento Británico en 1849 con el objetivo de facilitar la venta de propiedades irlandesas pertenecientes a terratenientes afectados por la Gran Hambruna Irlandesa. [N. de las T.]

derable para ese entonces. Hacía poco se había inaugurado un nuevo ferrocarril que llegaba a Galway, y unas veintidós horas después de haber partido desde Londres, me encontraba en la estación de aquella ciudad, en busca de algún medio de transporte para el resto del recorrido.

»No es que no hubiera ninguno: allí se encontraban varios coches destartados atados precariamente con lo que parecía ser una cuerda, y, sobre una barra de madera, se abalanzaron al menos treinta conductores que gritaban y se empujaban entre sí mientras sacudían los brazos que asomaban por debajo de las mangas de su vestimenta raída. Escogí el mejor vehículo que vi, que parecía encontrarse bastante entero. Lo arrastraba una yegua marrón, vieja y peluda, y el conductor era un hombre de apariencia decente y con una mata de cabello blanco que le caía sobre el cuello. Luego de asegurarme de que sabía dónde se encontraba el castillo d'Arcy, me subí al coche y nos pusimos en marcha.

»Se suponía que la hambruna ya había acabado, ¡pero sí que había rastros! Camino a Galway pude ver a aquellos espantapájaros, esqueletos vivos, ¡tantos lamentables espectros de la humanidad! No soy un hombre sentimental, nunca lo fui, ni siquiera cuando era joven, pero aun así estaría dispuesto a pagar una buena suma para deshacerme de ciertos recuerdos de ese trayecto en particular, así como de otros que realicé durante mi estadía en Irlanda ese año. Sin embargo, puede imaginarse los detalles, y entonces no será necesario que haga hincapié en ellos. Por fin salimos de Galway, y condujimos a lo largo de la costa mientras que el coche, que traqueteaba sobre las rocas, avanzaba constantemente, y los arneses rotos parecían a punto de ceder con cada paso. Dado que se trataba de mi primer viaje en coche, me aferré de una correa como si mi vida dependiera de ello, mientras que el conductor le hacía sonidos chirriantes al caballo y, de tanto en tanto, saludaba con pesadumbre a las personas que pasaban por allí.

»La distancia que recorrimos me pareció enorme, mucho más extensa de lo que había imaginado cuando el viaje comenzó. La mayor parte se encontraba en una región en extremo árida que, al ser mi primera vez en el país, me espantó, e hizo que me preguntara por qué alguien que no estuviera demente propondría invertir en aquel lugar inhóspito. De pronto, el cochero, que había estado observándome de forma inquisitiva por un rato desde el otro lado de la caja, se giró y habló con aquella voz cantarina y occidental que había escuchado por primera vez aquel día, pero que pronto se volvería muy familiar para mis oídos.

»— ¿Es usted amigo de la gran familia d'Arcy?

»Dudé un momento antes de responder. Si le dijera la verdad, ¿le daría un ataque de ira y terminaríamos atascados en la cuneta? Como ya no podía seguir ocultándolo y, honestamente, de enfrentarnos, yo lo superaba ampliamente en corpulencia, me arriesgué.

»—No —respondí—. No conozco a nadie de la familia d'Arcy. De hecho, no estaba al tanto de que aún quedara alguno vivo. Vine hasta aquí para echarle un vistazo a las tierras que están por venderse.

»El conductor volvió a darme la espalda como si algo en mí le repugnara, y nuestro viaje prosiguió en silencio absoluto.

»Jamás olvidaré el paisaje rocoso de aquel país. Lo que me sorprendía no era la cantidad de roca sólida en sí sino los trozos esparcidos al azar, como si acabaran de haber caído del cielo. Había paredes erosionadas que cubrían el pasto como si fueran redes de hierro y, en algunos casos, cúmulos de rocas amontonadas en las esquinas de los campos; pero a pesar de estos esfuerzos para deshacerse de ellas, no podían recolectarse, y se encontraban en todas partes. Seguramente usted esté acostumbrado a esas cosas y no le sea difícil imaginarlas, pero para mí aquello era totalmente novedoso.

»Por fin, luego de haber recorrido unos veintidós o veinticuatro kilómetros, cruzamos el portón de entrada, que estaba abierto de par en par, y llegamos a un camino estrecho sobre el que se erguían olmos y sicomoros arqueados. Más adelante, dimos con otro portón que nos condujo a un gran parque.

»Si bien el viento azotaba los árboles que se encontraban a ambos lados del camino, estos eran más grandes y fuertes de lo que hubiera creído posible, y mis ojos, enfermos por la desnudez de las tierras que habíamos atravesado, se alegraron de ver cultivos tan cuidados a mi alrededor. Hacía tiempo que no había viviendas a la vista. La única edificación que podía ver era un viejo castillo de aspecto siniestro y ruinoso, que se erguía al final de una bifurcación del camino. Enseguida divisé otro edificio cerca de la costa, no exactamente en ruinas, pero casi igual de deteriorado. Era una extraña torre redonda y pequeña encaramada en lo alto de una colina, con un saliente de roca gris en la fachada. Se extendía hasta el mar, y tenía además un tramo de escalones que conducía a una veleta en forma de gallo que decoraba la cima. Había algo tan fantástico sobre el edificio que no pude evitar volverme hacia el conductor, y preguntarle qué era.

»El hombre se sobresaltó como si lo hubiera despertado de su sueño. Luego observó atentamente el objeto en cuestión y se colocó la mano sobre los ojos para ver, a pesar de la luz del sol.

»—Pues en efecto se trata, en efecto se trata de... ¡la casa de té de la señorita Ann! La casa de té de la pobre señorita Ann. Así es, así es... —murmuró más para sí mismo que como respuesta a mi pregunta.

»—¿Y quién es la señorita Ann? —pregunté.

»Se volvió y me observó fijamente antes de comenzar a hablar.

»—Ella ya no se encuentra allí. Ya no. —respondió con desdén.

»—¿Por qué no? —lo interrogué, y al ver que no respondía, insistí: —¿Está muerta?

»—Ciertamente. Está muerta —respondió con un tono de desprecio fulminante—. ¿Acaso hay otra opción? Hoy en día todos los que no deberían estar muertos, lo están. Y solo aquellas personas a las que nadie quiere son las que continúan con vida —agregó con el mismo tono.

»La mirada con la que se acompañó este último comentario hizo que se sintiera tan inequívocamente personal que no intenté continuar con la conversación hasta que llegamos a la casa.

»De pronto, nos encontramos frente al edificio. La avenida dio un giro brusco hacia la derecha, y un minuto después, ya nos habíamos detenido ante la puerta de entrada. Al igual que la mayoría de las casas en esta parte de Irlanda, era de piedra caliza de un tono gris bastante opaco. Desde las esquinas de la mayoría de las ventanas se extendían manchas negras que denotaban abandono. Los marcos de las ventanas estaban cerrados y las persianas, bajas. En conjunto, la apariencia del edificio no era para nada alentadora.

»El conductor hizo sonar la campana, cuyo sonido tintineante evocó ecos que luego cesaron para que el silencio volviera a asentarse. Todo estaba tan tranquilo que recordé escuchar cómo las olas rompían en la playa, y retrocedían con el sonido prolongado de los arañazos sobre la grava y la arena.

»La vieja yegua se quedó inmóvil y respiró con paciencia. Bajé mi baúl del coche y esperé sin saber qué ocurriría a continuación. Pareció como si hubiera pasado una eternidad hasta que por fin se escuchó el sonido de unos pasos que se acercaban en la lejanía. Luego siguió el traqueteo de cerraduras, la puerta se abrió de par en par, y dejó entrever a un sirviente alto y anciano de cabello blanco y hombros encorvados. Llevaba puesto lo que parecía haber sido un uniforme decente, pero que ahora estaba remendado y manchado. Sobre uno de los hombros colgaba un abrigo de frisa,

que, aún si se tenía en cuenta la altura del hombre, sin dudas era demasiado grande para él.

»El asombro predominaba en su rostro: su mirada pasó del coche a mí, y luego al conductor, como si fuéramos una aparición. Una palabra en irlandés, sin embargo, de parte de este último, lo iluminó. No sé cuál fue esa palabra, pero nunca vi un cambio de expresión tan repentino. El odio pareció encenderse en el rostro marchito del hombre mientras se giraba hacia mí. Si las miradas mataran, ciertamente habría muerto en aquella entrada. Su primer impulso pareció ser el de volverse y cerrarme la puerta en la cara, pero al pensarlo bien, se abstuvo y se quedó allí, frunciendo el ceño con frialdad mientras el conductor y yo llevábamos la carga moderada de equipaje al vestíbulo principal. Una vez adentro, pagué por el viaje y vi cómo el coche se alejaba. Fue entonces que tuve que enfrentarme a la situación.

»Era evidente que no debía esperar muestras de hospitalidad, y no quedaba otra opción más que tomar las riendas de la situación.

»—Lléveme a un dormitorio, por favor —le dije mientras tomaba una de las valijas para que la cargara por mí.

»—¿Llevarlo a un dormitorio?! ¿Y también se le apetece algo más?! ¡Un dormitorio, como si fuera poco! Un dormitorio, ¡Dios mío! —Esa fue la única respuesta que recibí.

»Se volvió evidente que no había otra forma de enfrentarse a la situación más que con vigor.

»—Mire —comencé con firmeza— vine aquí por un viaje de negocios. Aquí estoy, y aquí voy a hospedarme. Además, no olvide que si me veo obligado a realizar una queja por su insolencia, usted se verá más afectado que yo. Ahora, lléveme a un dormitorio.

»Supe entonces que había tomado las medidas correctas para ganarme su respeto. El sirviente me observó por un segundo con la mirada de un depredador herido, y luego la expresión en su rostro se transformó en una de desdén y desagrado. Se dirigió hacia una de las puertas más cercanas, me pidió que esperara unos minutos hasta que pudiera hablar con la señora de la casa, me hizo pasar a una de las habitaciones y se marchó sin darme tiempo para contestar.

»Me encontraba en un comedor amplio y bastante llamativo... llamativo en términos de tamaño, ya que la habitación estaba casi vacía. En el centro, había una mesa larga con vajilla para un solo comensal, aunque, como

me di cuenta en aquel momento, había suficientes sillas junto a la mesa como para cuatro o cinco personas.

»Para entonces ya eran las seis de la tarde, que en aquella época del año todos, a excepción de la clase alta, consideraban la hora de la cena. Estaba hambriento. Desde el desayuno solo había comido un sándwich para nada apetecible que había comprado en Mullingar, pero aun así estaba demasiado nervioso para pensar en comida. Me preguntaba a quién se refería el hombre como «la señora de la casa». Me habían asegurado que todos los familiares del dueño anterior habían fallecido o partido hacia otro lugar. ¿Quién era esta señora y cómo me recibiría, dadas las circunstancias?

»Me volví hacia la ventana mientras consideraba vagamente la idea de escapar. Afuera, la huella en el camino de grava se había profundizado, y un gran charco de agua se había acumulado en el centro. La quietud era intensa, y se asemejaba más a la de una bóveda que a la de una casa. Una vez más, tuve el deseo de escapar, pero, no había lugar a donde ir. No podía solo escabullirme por la ventana y dejar todas mis pertenencias allí. Además, si escapaba, era muy probable que no hubiera ningún coche que pudiera llevarme hasta Galway. Decidí que debía quedarme y enfrentarme a aquella situación.

»De pronto, la puerta a mis espaldas se abrió. No sé qué clase de figura pensaba ver, pero de seguro no esperaba nada semejante a la persona que entró. Era una muchacha joven, de unos dieciocho años como mucho, vestida de color negro intenso. Se acercó hacia la mesa con la cabeza inclinada, las manos juntas y los ojos muy abiertos. Fue entonces cuando me vio y se volvió de forma brusca, con un ademán inquisitivo, hacia una anciana llena de arrugas que se encontraba detrás de ella y parecía ser una campesina o una especie de humilde criada.

»Me quedé perplejo. ¡Era la criatura más hermosa que había visto en mi vida! Tenía un rostro pálido y una boca delicada que permanecía entreabierta con la lastimosa expresión de súplica que suelen tener los niños. Sus ojos eran de color gris y transmitían una serenidad extraordinaria, por completo ajena a mi experiencia, y que después de tanto tiempo, aún perturba mis recuerdos vívidamente.

»La sorpresa que se había reflejado en su rostro al verme por primera vez no se había ido, pero luego de dudarlos unos instantes, hizo una pequeña reverencia llena de gracia y seguridad, propia de aquellas personas para las que la cortesía y la hospitalidad les son intuitivas.

»Le respondí con otra reverencia, de seguro torpe, y luego de otra vacilación, se sentó en una de las sillas que se encontraban alrededor de la mesa; no en la de la cabecera, sino junto a esta, sobre uno de los lados.

»—Trae un plato y cubiertos para el caballero, por favor, Nora —le pidió a la anciana con una voz amable y musical—. Tome asiento, por favor —dijo, esta vez dirigiéndose a mí—, no tardarán mucho, pero no contamos con tantos sirvientes en este momento —agregó con una mirada de desaprobación reflejada en aquellos bellísimos ojos.

»Dudé, avergonzado y con sensación de culpa, y luego de meditarlo un instante, y puesto que me sentía incómodo y no sabía por dónde comenzar mi explicación, me senté en la silla que se encontraba frente a ella. En ese momento, la puerta volvió a abrirse, y el sirviente entró, agitado. Si hubiera estado de buen humor, podría haberme reído de la combinación de miedo, desagrado y furia en su semblante al verme sentado allí, junto a la señora de la casa. Comenzó una ardua explicación sobre mí, sobre quién y qué era, un discurso que se tornó incluso más incoherente por su enojo, pero la anciana lo arrastró fuera de la habitación luego de literalmente cubrirle la boca con una servilleta.

»Hablabla inglés, por lo que fui capaz de comprender una o dos palabras mientras lo empujaba hacia el otro lado.

»—¡Déjala en paz, tonto! ¡Cierra la boca! —A lo que el hombre, desbordando de rabia, contestó con explicaciones llenas de ira, pero la sirvienta prosiguió— ¡Dije que te callaras! Deja a la señorita Elly en paz, o si no... — y para entonces ya se habían marchado.

»Ahora nos encontrábamos frente a frente, y estaba ansioso por hablar con mi acompañante y disculparme por mi intrusión, pero algo en su mirada, tímida y a la vez atractiva, me intimidaba. Genuinamente me asustaba la idea de decir algo que pudiera provocar que me mirara con una expresión menos amigable.

»La duda me distrajo, y, por lo tanto, ella fue la primera en hablar.

»— ¿Viene del asilo de pobres, verdad?— preguntó con el mismo tono amable y cortés y los ojos fijos en mí.

»La pregunta me inquietó aún más. ¿Acaso me veía como alguien que venía de aquel lugar en el que la gente pobre intentaba conseguir empleo? Me pregunté si solía invitar a esta clase de personas a cenar. Mi confusión era tal que no pude hacer más que contestarle abruptamente que no.

»Pareció sorprenderse frente a mi respuesta y continuó:



»—La mayoría de las personas que vienen aquí van al asilo primero. Se encuentra en Killtoomey, sobre la colina. Según me han dicho, aún está repleto, pero no tanto como el año pasado. Mi padre iba allí todos los días hasta que... hasta que... —De pronto fijó la mirada en las patas de la mesa. Se estremeció y los ojos se le humedecieron. Pensé que comenzaría a llorar, pero luego de una pausa breve, se recuperó y prosiguió con firmeza.

»—Nunca me permitieron ir porque sufro de fiebres, pero mis hermanas... —y en ese momento se detuvo por completo y con una expresión que parecía ser de terror, se volvió hacia un lado de la mesa y luego hacia el otro, un movimiento que no era propio de una persona triste, sino de una persona que, aunque intrigada, desconfía de la situación, de alguien que entiende y no entiende a la vez, que no puede convencerse, ni al enfrentarse a las pruebas más contundentes, de que lo que más le asusta pensar es un hecho.

»Me aterraba su expresión, y, a la vez, esperaba que comenzara a llorar en cualquier momento. Sentí un gran alivio al oír los pasos de las dos criaturas que se aproximaban por el pasillo una vez más. Entraron cargados de platos que tintineaban con cada paso, y uno de ellos en particular, de tamaño considerable y con apliques de plata, me llamó la atención. Los colocaron al azar sobre la mesa y del mismo modo ubicaron también los cubiertos, todo sin un motivo en particular.

»No tengo idea de qué fue lo que cenamos. Recuerdo que había pescado, vegetales, y algo que sabía a avena. Como se imaginará, lo único en lo que podía pensar era en la muchacha que se encontraba frente a mí. Había sido horrible presenciar aquella expresión de tristeza, y casi pánico, que se había reflejado en su rostro, pero la de represión y resistencia estoica que le siguió fue casi peor. Incluso yo, que no tenía nada que ver con los problemas a los que se enfrentaba, por un momento me sentí culpable. Mis emociones eran atroces. Me pregunté cómo se suponía que mejorara las horribles circunstancias de la situación en la que me encontraba. Además, ¿cómo había quedado abandonada en aquel lugar? ¿Era acaso la última sobreviviente de una familia entera? Las sillas vacías, ¿representaban al padre y las hermanas que había mencionado antes? ¿Era posible que todos hubieran fallecido? Quizás la espantosa hambruna los había consumido al igual que a otros cientos de miles de personas.

»Cada tanto la observaba y una y otra vez volvía a sorprenderme al ver la misma expresión en aquellos maravillosos ojos. Me atormentaba, y me ha seguido atormentando desde aquel momento. Si bien nunca consideré que se tratara de demencia, me pregunté si reflejaba una falta de comprensión, una parálisis parcial. ¿Cuál era la razón de semejante conducta pasi-

va? ¿Y el comportamiento de los ancianos sirvientes? Sus ojos se encontraban completamente abiertos, y si no hubieran sido tan perfectos, habría parecido que me acechaba con la mirada. Todo lo que nos rodeaba parecía reflejarse en ellos: la habitación enorme y lúgubre, los platos y cubiertos colocados al azar sobre el mantel, el charco gris en la grava fuera de la casa. Esa mirada era terrible, en especial en alguien tan joven; era como si hubiera presenciado tantas situaciones confusas y desgarradoras que nunca podría quitarlas de aquella expresión ausente y miserable, como si nunca pudiera dejar de ver algo que, si bien yo desconocía, la atormentaba.

»Sepa disculparme —se interrumpió mi viejo amigo— si me extiendo demasiado en esta parte del relato, pero de hecho la disfruto muchísimo, y de todas formas, la tentación de recordarla luego de tantos años ha provocado el egoísmo que me llevó a contarle mi historia en primer lugar. Los ojos de Eleanor d'Arcy nunca desaparecieron de mi vida. Aún puedo verlos con tanta claridad como hace cuarenta y siete años. Sé que sonrío y creo que la explicación es sencilla, que solo me enamoré de ella y por eso la recuerdo con tanta intensidad. Por un lado, tiene razón. Sí, me enamoré de ella; pero no creo que en aquel primer momento. En resumen, creo que en gran medida se debió al hecho de que descubrí que tenía un rival, algo que se me informó la mañana siguiente.

»Me levanté temprano y repasé las instrucciones que me habían entregado como guía, aunque ninguna incluía pista alguna sobre cómo debía tratar con la familia del que había sido el desafortunado propietario fallecido. Me encontraba frente al fuego considerando toda la situación con pesadumbre cuando la anciana, quien había descubierto se llamaba Nora O'Connor, abrió la puerta con la cautela que la caracterizaba y se acercó a los sopetones para informarme, en voz baja, que el señor Henry O'Hara había llegado, y preguntarme si podía hablar con él.

»—¿Y quién demo...? —comencé a decir, pero me contuve— ¿Quién es el señor Henry O'Hara? —pregunté con impaciencia.

»—¿Acaso no sabe quién es el señor Henry O'Hara? ¡Dios mío!

»El hecho de que yo no lo supiera pareció anular el resto de sus facultades, ya que se quedó inmóvil, sin aliento y mirándome fijo.

»—No, no lo sé —contesté—. De todos modos, dígame que puede pasar, no importa quién sea.

»La orden fue innecesaria, ya que, probablemente cansado de esperar en el porche a que regresara la emisaria, el visitante llamó a la puerta y, sin aguardar respuesta alguna, entró.

»Era un joven muy alto, de mi misma edad; ancho de hombros pero de apariencia ágil. Su característica más distintiva probablemente era su cabello colorado brillante, que pude ver cuando se sacó el sombrero al entrar. Parecía literalmente encendido, y las llamas culminaban en una cresta del color de las brasas. Si bien los colorados suelen ser, en mi experiencia, no muy agraciados, este hombre era sin lugar a dudas la excepción. Tenía la tez clara y, aunque algo inusual para la época, llevaba bigote, en su caso, uno que era de color mucho más oscuro que el de su cabello. Los ojos eran claros, no recuerdo precisamente si azules o grises, pero sí grandes y, como pronto descubriría, capaces de resplandecer de ferocidad cuando lo deseaba. Vestía un chaqué con botas de caña alta de mala calidad, y además llevaba una fusta larga con un mango dorado. En resumen, era un hombre notablemente atractivo, pero no, en mi opinión, lo que podría considerarse un caballero.

»—Buenos días, señor. Me tomé la libertad de pasar ya que mi querida amiga a veces se mueve a paso lento —dijo con un fuerte, aunque no desagradable, acento irlandés mientras me estudiaba con la mirada.

»—Mi modesta casa, es decir, la modesta casa de mi hermano, se encuentra a tan solo cuatro kilómetros, sobre la colina, por lo que vengo de visita casi todos los días para ver cómo se encuentra la señorita Eleanor d'Arcy. Por lo que Nora me ha contado, es una pena que... —se detuvo de pronto y volvió a mirarme con la misma expresión de análisis detallado que había hecho antes, y que instintivamente me molestó.

»—No he tenido el placer de ver a la señorita d'Arcy esta mañana —contesté de forma cortante. Incluso antes de que el joven abriera la boca, en mi interior había comenzado a gestarse un antagonismo, una rivalidad latente.

»No sé si fue el hecho de que el sentimiento era correspondido o si hubo un dejo de arrogancia en mi voz que le molestó, pero su mirada indicaba que quería pelear, y tal necesidad parecía llegarle hasta la cresta colorada. Se dice que los irlandeses nunca van al punto, pero debo decir que este, en particular, no tardó en hacerlo.

»—Creo que, ya que acabamos de conocernos, debería saber algo. —Me miró fijamente con una expresión que si bien no era amenazante, era claro que podía serlo en cualquier instante—. Debería saber que vengo a esta casa en carácter de pretendiente —dijo, pronunciando esta última palabra con un acento irlandés notorio—. Quiero casarme con ella.

»Me estremecí tanto que me puse de pie inmediatamente y lo observé desde la alfombra junto al hogar.

»—Sí, soy su pretendiente —repitió, pronunciando cada «s» con su acento.

»No sé si le pareció que el anuncio exigía alguna afirmación adicional o si la intención del joven había sido la de mantener una actitud beligerante desde el comienzo, pero acomodó los hombros de tal forma que parecieran ser el doble de anchos que antes, alzó el mentón, tomó aire y, mientras me observaba, exclamó:

»—¡Esa es mi intención, señor! Quiero casarme con la señorita Eleanor d'Arcy, y es mejor que usted y todos los demás lo sepan.

»Fijé la mirada en él. No tenía derecho a oponerme, ni nada que opinar al respecto, pero la mera posibilidad de que hubiera una boda me enfurecía; me indignaba. ¡Este pelirrojo enorme y maleducado con casi ninguna tierra a su nombre quería casarse con ella! ¡Como si fuera posible que un Apolo regional vestido con chaqué se casara con una criatura tan hermosa, tan delicada y fina! No podía opinar al respecto, por supuesto, pero maldije su imprudencia en aquel momento.

»Tras dar su anuncio, el visitante pareció deshacerse de la incomodidad momentánea que la situación parecía haberle causado, y retomó su discurso con un tono relajado y distendido.

»—Dadas las circunstancias, señor, espero que pueda comprender que... es decir, si se pone en mi lugar, comprenderá que mientras más rápido se resuelva este asunto, mejor. ¿Acaso le parece correcto a un caballero como usted que semejante dama, una d'Arcy del castillo d'Arcy, la sangre más fina de Galway, deba abandonar esta propiedad para que la vendan a unos ingleses desconocidos? ¿Le parece correcto que una dama de su clase y con la mejor educación tenga que lidiar con semejante situación?

»Para entonces ya había notado que, teniendo en cuenta que no había visto a la señorita Eleanor d'Arcy ni oído siquiera sobre ella hasta esa tarde, mi primera reacción había sido un tanto irracional. Detestaba tanto al hombre que, de ser posible, lo hubiera empujado por las escaleras con mucho gusto. Sin embargo, ya que era evidente que no podría hacer tal cosa en aquel momento, decidí que lo mejor sería enfrentarme a su desagradable confianza con la actitud de un hombre razonable.

»—Señor, me pone en una posición incómoda. Realmente no sé cómo contestar a esto. Me halaga que haya confiado en mí, pero aun así creo que

fue tanto innecesario como imprevisto. Si la señorita d'Arcy y usted —dije mientras sentía como me atragantaba con las palabras e intentaba arduamente terminar aquella oración de forma civilizada—, si la señorita d'Arcy y usted ya han tomado una decisión, no hay nada que pueda hacer al respecto. En todo caso, sus familiares son los únicos que pueden opinar sobre el asunto.

»El hombre me observó con perplejidad durante algunos minutos incluso cuando ya había terminado de hablar. Luego rompió el silencio:

»—Señor, está claro que no comprende el asunto para nada. Ella no tiene ningún familiar y no hay nadie, a excepción de mí, que pueda cuidarla. A menos de que usted planee hacerlo.

»—¿Cuidarla yo?! —exclamé con sorpresa, aunque debo admitir que mi corazón dio un vuelco frente a tales palabras—. No tengo ningún derecho a interferir con la vida de la señorita d'Arcy. Mi presencia no es más que un accidente casual, simplemente un viaje de negocios relacionado con la venta de la propiedad. Mi estadía aquí será lo más breve posible. Me marcharé mañana o el día siguiente como máximo.

»—¡Gracias al cielo! —celebró el joven, emocionado—. Sepa disculparme, señor. No quise ser descortés, menos aún con alguien tan ajeno a esta situación. Supongo que comprenderá, así como comprendería cualquier otro caballero, que ningún hombre toleraría bien ver a otro, un joven evidentemente atractivo y sociable, además, hospedado en la misma casa que ella. Y ella no es más que una niña...una niña inocente que se dejaría llevar por cualquiera. No amenazaría a un caballero, no soy un hombre conflictivo en lo más mínimo. Sin embargo... —Me arrojó una mirada con un brillo combativo—. No podía tolerar esta situación, y prefería que lo supiera lo antes posible.

»—¡Se equivoca, señor! —comencé a responder, pero pronto me di cuenta de que sería absurdo enfrentarme a un joven como aquel y por un asunto de esa índole. Contuve mi ira y me refugié tras un exceso de formalidad—. Me honra que crea que el hecho de que esté aquí pueda llegar a tener alguna clase de repercusión en sus intereses. Como ya he dicho, he venido por negocios y nada más. Anoche la señorita d'Arcy fue muy amable al invitarme a cenar con ella, pero más allá de eso, no creo que volvamos a cruzarnos. Además, incluso si la situación fuera diferente —agregué, con un poco de rencor— mi sentido del honor nunca me permitiría aprovecharme de una joven desafortunada que, por algún lamentable giro del destino, ha quedado sola y desprotegida.

»La contestación fue un ataque tan directo y fuera de lugar que de verdad esperaba que mi contrincante escalara la situación, pero al parecer, en Irlanda es difícil predecir cuándo un hombre se sentirá insultado. En lugar de sacar un revólver del bolsillo, mi visitante parecía cabizbajo e incluso contrito.

»—Juro por Dios que jamás haría algo así. ¡Jamás! —dijo, afligido—. Tampoco me importarían sus familiares, si los tuviera. No me importaría si todos los d'Arcy en Galway estuvieran aquí. Pero, ¡cuando la imagino despojada de su modo de vida actual! Moriría antes de causarle inconveniente alguno.

»Su voz sonaba tan genuina y sincera que no pude evitar sentir algo de lástima e incluso compasión por él, más allá de nuestra incipiente rivalidad.

»—Lo que quiere decir... disculpará tal impertinencia... ¿quiere decir que no tiene ningún ingreso para mantenerla económicamente?

»—Ni un centavo —dijo con franqueza—. Pero hay una explicación. El poco dinero que me dejó siete años atrás mi pobre padre antes de morir... y lo bien que hizo en morir, como si supiera lo que se aproximaba, lo invertí en la propiedad, como cualquier caballero haría. Todos lo hicimos, a excepción de mi hermana mayor, que se casó con un hombre de Armagh, un verdadero miserable, pero aun así un abogado astuto. Los demás dejamos nuestra parte allí, y no es necesario que le diga qué pasó... las tasas son de alrededor de veinte chelines. Mi hermano mayor solo ha evitado hasta ahora tener que ir al asilo para pobres porque dispone del dinero de su esposa.

»—¿Tiene usted una profesión? —sugerí con cautela.

»—Por supuesto que no —contestó indignado, como si esta vez lo hubiera ofendido en extremo—. Soy hijo de mi padre, ¿qué profesión podría tener? Solo podría ser soldado, pero eso va en contra de mis principios.

»Aquel comentario me tomó tan por sorpresa que me fue difícil intentar contestar. Cuando lo logré, fue con la sensación de que me había perdido, como si hubiera entrado a un laberinto que desconocía completamente.

»—¿Eso significa que usted está en contra de ser soldado en general?

»Eché a reír al oír mi pregunta. Era una risa joven, que resonó en la habitación vacía como si fuera una trompeta.

»—Disculpe, señor, ¿acaso me veo como un hombre que se opondría a ser militar? —respondió y, para ser honesto, ese no era el caso.

»—Cuando hablo de mis principios me refiero a que no estoy completamente a favor del gobierno actual. Que no saliera a las calles junto con los demás el otro día fue una especie de accidente, por falta de tiempo. Todo se organizó con mucha prisa. Puede decirse que el altercado terminó antes de que pudiera comenzar realmente. Hubiera ido de tener oportunidad, pero antes de que me enterara de lo que estaba ocurriendo, el conflicto había terminado. Fue un desastre, un desastre de principio a fin.

»—Todo esto parecía ser prometedor, pero dado que no me importaban los problemas del señor O'Hara, sentí que ya me había contado suficiente sobre su vida. Por lo que inventé una excusa y momentáneamente lo dejé ganar.

## II

»Mi trabajo esa mañana consistía en ver todo lo que pudiera de la propiedad y tomar una decisión lo más pronto posible. En consecuencia, aunque llovía y las nubes estaban tan bajas que parecían encontrarse justo por encima de mi cabeza, me puse un impermeable y un par de polainas sobre las botas y caminé por el sendero para los carros hacia las tierras que rodeaban la casa.

»Casi había olvidado la desolación rocosa del paisaje que tanto me había sorprendido la tarde anterior. Cuando pasé por el portón, de repente me abrumó una vez más. Había avanzado sólo unos pocos cientos de metros cuando me encontré rodeado de rocas, por así decirlo, hasta las rodillas; rocas de todos los tamaños y formas, pero todas de un color gris ne-gruzco. La escasa vegetación parecía sofocarse debajo de ellas.

»El panorama daba la impresión de que hubieran caído rocas durante una gran tormenta reciente en lugar de piedras de granizo. Por cada brizna de hierba parecía haber cinco piedras, por cada parcela de papas o avena, debía haber mil.

»No podía comprender cómo, incluso frente a las circunstancias más favorables, una población de cualquier tamaño podría haber encontrado los medios para subsistir allí. Sin embargo, a juzgar por el número de cabañas vacías que podía ver, era evidente que, no hacía mucho, la zona se había encontrado densamente poblada.

»Resultaba paradójico que el único trabajo que los habitantes que quedaban parecían tener era el de romper piedras. Pasé junto a una decena de hombres sentados a un lado del camino, cada uno con un martillo que dejaba caer con indiferencia sobre las rocas. Junto con un grupo de mujeres y

niños acurrucados para refugiarse detrás de una pared, aquellos hombres fueron literalmente los únicos seres humanos que vi durante todo el tiempo que estuve fuera.

»Cansado de caminar sobre las piedras, con una gran tristeza ante la miseria de todo lo que había presenciado, y resuelto a no tener nada que decir ante semejante inversión, a las tres de la tarde emprendí mi regreso. Ya que no tenía nada que hacer, deambulé por los alrededores de la casa sin toparme con nadie. Era una estructura vieja y espaciosa, más bien fea, pero con cierto grado de dignidad y hospitalidad que incluso su presente condición destartalada no podía borrar por completo. Vislumbré un par de salones a través de las ventanas, y lo que parecían ser otras salas más atrás. Tras alejarme del frente de la casa, pasé a través de unos arbustos, por un camino corto entre árboles, y llegué al patio de un establo, que se encontraba en la parte posterior de la casa. Estaba vacío y casi totalmente cubierto de hierba crecida; la mayoría de las puertas del establo estaban cerradas, pero al pasar descubrí que una se encontraba abierta y, al mirar dentro, vi cinco o seis cajas y varios compartimentos vacíos, todos en orden, pero abandonados, con la excepción de un burro pequeño que mostraba su inocente hocico gris debajo de una rejilla, que evidentemente se había fabricado para animales más dignos.

»Había completado el circuito del patio, y estaba a punto de abandonarlo, cuando llegué a una pared con una gran puerta. Se encontraba abierta, por lo que la atravesé y accedí a un patio interno. Estaba desierto, como el primero, pero aún no cubierto de hierba, y en el medio había un par de calderos de cobre enormes, con capacidad para contener más de cien litros cada uno, y debajo de estos podía verse lo que parecía ser un primitivo mecanismo para cocinar, y un banco o mesa larga con taburetes equidistantes. Sin embargo, no fue eso lo que cautivó mi mirada, sino una figura delgada vestida de negro, sentada inmóvil en un taburete en el centro de semejante escena de desolación. Se trataba de Eleanor d'Arcy. Era evidente que no me había escuchado acercarme, ya que continuó sentada en el taburete, con los ojos clavados en el suelo y las manos colgando con desgano delante de ella, su actitud denotaba una melancolía densa y concentrada.

»Me quedé quieto un minuto, no me atrevía a acercarme. Estaba a punto de dar alguna señal de mi presencia, cuando de pronto arrojó los brazos sobre la mesa junto a la que se sentaba, y, tras esconder su rostro entre ellos, estalló en llanto, o más bien sollozo, con un prolongado gemido de angustia que aún resuena en mi memoria.

»Nora O'Connor, la sirvienta anciana, que seguramente había estado rondando cerca del lugar hasta ese momento, corrió al patio en cuanto oyó



el llanto. Se puso en cuclillas junto a su ama, la rodeó con un brazo y con su otra mano comenzó a darle suaves palmaditas en la espalda, a la vez que emitía el tipo de sonidos que las enfermeras suelen hacer para consolar a un niño que se ha lastimado. Pero la pobre chica solo se apartó de ella con un gemido de desolación aún más fuerte.

»— ¡Ann, Ann! ¿Dónde estás? Querida hermana, ¡regresa! —gritó entre sollozos.

»Mientras se levantaba de su taburete miró alrededor: el patio vacío, los bancos, la mesa y los calderos; los miró como si en algún lugar se encontrara la persona que buscaba. Mientras tanto, las lágrimas le caían por el rostro y apretaba las manos con una expresión como la de un niño entregado a la más completa desolación. De pronto me vio en el marco de la puerta. Sin embargo, no desvió la mirada, como podría haberse esperado. Por el contrario, me miró con la misma expresión suplicante, como si me pidiera ayuda para, de alguna manera, encontrar a su hermana. Luego, después de un minuto, se volvió y, seguida por la anciana, salió del patio y regresó a la casa.

»En aquel momento, también abandoné el patio y me alejé. No sabía hacia dónde me dirigía, y me encontraba profundamente conmovido por aquella mirada suplicante; la situación me angustiaba en extremo. Llegué al pasto y lo crucé hasta llegar a la orilla. Por allí vagué durante horas sin prestar atención a mi rumbo, pensando sólo en ella. Pasé por debajo de la vieja torre negra, y luego me dirigí hacia donde la costa se elevaba de forma abrupta. Pude ver, al otro lado del campo sembrado de piedras, una hilera de montañas cubiertas por nubes que se extendía hacia el norte. Podía observar todo aquello, pero nada parecía claro. Solo veía el rostro de Eleanor d'Arcy, con esos enormes ojos colmados de lágrimas que me rogaban que la ayudara. Mi amor por ella floreció por completo en ese instante. Me dije a mí mismo que la amaba, y juré que la conquistaría. Nunca me detuve a considerar los obstáculos. Nunca me pregunté en qué medida era posible. Estaba enamorado, por primera vez en mi vida.

»Parece extraño recordar las locuras que uno comete ante tales circunstancias, —continuó diciendo mi viejo amigo después de una pausa—. Recuerdo haber caminado por la tarde y sentirme dueño de todo lo que podía ver; sentía que ella y yo íbamos a ser los reyes de aquel amplio dominio que una vez había sido propiedad de sus antepasados.

»El clima continuó empeorando; el viento se levantó y silbó entre las piedras; las hilachas de algas soplaron contra mi rostro como hojas muertas, pero caminé como si flotara en el aire. En cuanto a la tristeza, el lugar

ya no era lúgubre para mí. Me emocionó, me hizo sentir como si fuera una especie de héroe. Recuerdo haber gritado a todo pulmón y saltado mientras corría por la orilla, de modo que cualquiera que me viera esa tarde habría corrido que estaba loco. Mi amor era como una hoguera en una noche invernal, y todo parecía intensificar su calor. Incluso las desventajas de la situación, que no podía evitar admitir; su impotencia; el colapso que evidentemente había sufrido su mente, todo esto me hizo solo amarla más. Me dije que me casaría con ella, que la alejaría de este lugar oscuro, con todos sus terribles recuerdos, que la rodearía de calidez, amor y consuelo en otro lado, que ella olvidaría sus viejos problemas, se asentaría en un lugar nuevo. En resumen, que todo sería diferente, y que todo terminaría de la forma correcta.

»Bueno, pasaré por alto todos los arrebatos, que no son ni muy interesantes, ni, supongo, particularmente originales, ya que todo hombre ha pasado por la misma experiencia, y continuaré para contarle el final de mi aventura en Galway. Permanecí en el Castillo d'Arcy durante varias semanas más. Podría haberme ido antes, por supuesto, pero elegí quedarme, y por lo tanto me convencí de que estar allí era necesario. Vi a Eleanor d'Arcy con frecuencia durante ese tiempo. Solíamos comer juntos, y algunas veces se demoraba un rato en el comedor una vez que terminábamos de cenar, y de vez en cuando conseguía persuadirla de que caminara conmigo hasta la pequeña casa de verano en la orilla, donde, durante una hora o más, permanecía sentada mirando el mar de manera pasiva, impotente, como era propio de ella. Incluso llegó a apegarse a mí, creo, de una forma apacible y aferrada. Le hablé, por supuesto, sobre mi devoción hacia ella, y, por supuesto, desbordaron miles de disparates de mi boca. Ella, a su vez, me hablaba, pero nunca en respuesta a lo que le decía, sino siempre sobre sus hermanas, sobre su vida juntas y, por lo general, como si todavía estuvieran vivas. A veces, en el medio de una oración, se paraba en seco y comenzaba a mirar a su alrededor, con esa expresión peculiarmente nostálgica, que siempre me llegaba al corazón.

»El señor O'Hara visitó el Castillo d'Arcy durante ese tiempo. Eleanor también le hablaba de la misma manera dulce y soñadora que a mí; solía detenerse en medio de algo que estaba diciendo, como si escuchara pasos en las escaleras, o una voz en el pasillo; esos pasos y esas voces que nunca volvería a oír. Ninguno de nosotros podía decir que ella nos alentara, y sin embargo lo hacía en cierto sentido, porque siempre fue no solo gentil, sino agradecida, como si cada amabilidad la complaciera, y quisiera más. Creí, y sigo creyendo, que se hubiera quedado con cualquiera de los dos, no conmigo más que con él, o con él más que conmigo, sino con cualquiera que le hubiera propuesto casamiento primero, y llamado su atención más vehe-

mentemente. Parecía desesperada por encontrar algún apoyo, como si se estuviera consumiendo y enfermándose por ello. Era totalmente incapaz de pensar o planificar cualquier secuencia de acciones, mientras que, por otro lado, era evidente que estaba totalmente dispuesta a formar parte de cualquier plan que alguien más eligiera para ella.

»Al recordar las circunstancias, parece inconcebible que no hubiera tenido a nadie que la respaldara en ese momento crítico de su vida, a excepción de dos jóvenes que no estaban relacionados con ella, y con claras intenciones de desposarla. Desconocía si el aislamiento extremo de la propiedad la había separado del resto del mundo, si todos estaban demasiado ocupados con sus propios asuntos y por eso eran indiferentes a los demás, o si no se sabía que uno de los d'Arcy aún vivía en la vieja casa. Lo cierto es que ningún alma parecía prestar atención a lo que le había sucedido a ella. Nadie se acercó a la casa durante el tiempo que estuve allí, nadie escribió ni se preocupó. La única otra casa a pocos kilómetros del castillo d'Arcy era la de los O'Hara, y su único habitante era, en ese momento, el joven Henry O'Hara. Me enteré de que su hermano mayor había sido inquilino del señor d'Arcy, y había oficiado durante algunos años como su agente, pero ahora se había ido del país. Se decía que había sido un profesional terrible y que su administración había contribuido en gran medida al colapso que había sufrido la propiedad, aunque probablemente era solo cuestión de tiempo, y si el desmoronamiento no hubiera ocurrido en aquel momento, habría sucedido poco después.

»En cualquier caso, allí estaba ella, sola por completo, y era claro que debía tomar alguna decisión sobre su futuro. Éramos dos hombres jóvenes y el asunto tenía que resolverse entre nosotros. Cuando el señor O'Hara y yo nos encontrábamos, nos mirábamos de forma cada vez más feroz. Ahora ya no pretendía no ser su rival. Lo odiaba cordialmente, y lo más probable es que él me odiara bastante más. Para obtener una mirada más de ella, u otra oportunidad de caminar juntos, o de sentarse a su lado, cualquiera de nosotros hubiera cortado la garganta del otro con el mayor placer de la vida.

»Los dos sirvientes de la casa mantuvieron el equilibrio bastante parejo entre nosotros: uno de ellos se inclinaba por O'Hara, y el otro por mí. Curiosamente, fue el viejo, que al principio se había opuesto tan furiosamente a mí, el que se puso de mi lado, mientras que la anciana, si bien siempre me trató de modo servicial, no me hablaba y se escabullía cada vez que intentaba acercarme a ella. No voy a negar que el nuevo reconocimiento de O'Connor hacia mí se debió en primera instancia a ciertos objetos que (Dios me perdone) le regalé, pero creo que también surgió de la profunda aver-

sión y desprecio que sentía por la familia O'Hara, así como de la satisfacción que le producía tener un nuevo oyente al que podía hablarle sobre el esplendor pasado, la gloria y la grandeza de la familia d'Arcy.

»Salía a hurtadillas de la casa para reunirse conmigo por la mañana, mientras miraba hacia la orilla opuesta o paseaba de un lado al otro, sobre colchones de tomillo y rosas que cubrían las rocas superiores. Debajo de este punto comenzaba el extenso cordón rocoso negro que mencioné antes. Era casi como un muelle natural, que se adentraba en el mar y se unía a la orilla de forma artificial por un tramo de escalones de piedra que llegaba hasta la pequeña casa de verano que se encontraba en el punto más alto.

»O'Connor solía referirse a este muelle natural como «la pista de la señorita Ann» mientras me contaba cuentos maravillosos sobre la señorita Ann y el baile al que solía llevar a sus pretendientes, que según su relato eran todos los hombres solteros del condado, al menos todos los que podían animarse a aspirar a cortejar a una d'Arcy del Castillo d'Arcy.

»—No era su aspecto, no, no era el aspecto de la señorita Ann —decía, mientras sacudía su anciana y blanca cabeza con un aire misterioso—, aunque ella también era una dama de buen aspecto, corpulenta, como todos los d'Arcys, con buen color en sus mejillas, y la piel más clara de la región—. No, no, no era su apariencia, era su forma de ser. Tenía actitudes que no se parecían a las de nadie más, ¡y ningún hombre que se le acercara podría hacerle frente! Ella les hablaba sobre fantasmas, o sirenas, o demonios, o cosas por el estilo, hasta que los aterrorizaba tanto que parecía que sus almas huirían de sus cuerpos, y luego volvía a calmarlos y tranquilizarlos como si fuera su propia madre, ¡nada menos! ¡Y cómo se divertía! La oí hablar en esa pequeña casa allí arriba, cuando servía el té. Había seis o siete de ellos cortejándola. La escuchaban hipnotizados, y suplicaban y rogaban que se casara con ellos. Estaban el joven señor Blakeney, del Castillo Blakeney, el señor Pearse, el viejo hijo del propietario de las intermediaciones de Athenry, el comandante O'Keefe, y el resto de los oficiales acuartelados en Galway, aunque ella nunca se había fijado en ninguno de ellos. ¡Y sí que sabía hablar! Le digo que podía hablarles a los pájaros hasta que dejaran los árboles, o a los peces hasta que abandonaran el agua. ¡Y era tan graciosa! ¡Podía hacer que uno se cayera de su asiento de la risa con sus respuestas ingeniosas! Su lengua era como sus pies, que eran los más ágiles en todo el condado de Galway.

»«¿Que me case con usted?!», decía cuando la presionaban. «Esto es lo que haré. Me casaré con cualquiera de ustedes que me atrape en mi propia pista, antes de que llegue al final, ¡y ninguno lo logrará!». Esas eran las palabras de la señorita Ann. Luego se levantaba de su asiento en la casa de

té, y bajaba a pisotones veloces. Ni las cabras de Aranmore hubieran podido alcanzarla cuando corría, ni cuando daba un salto, menos hubieran podido ellos. ¡Señorita Ann! Verla correr por las empinadas escaleras, y a lo largo de la pista, y el mar, como puede ver, a poca distancia de sus pies, y lo suficientemente profundo como para ahogar a cualquiera. ¡Y los caballeros corrían tras ella, tratando de alcanzarla; luchando, y arrodillándose, y empujándose unos a otros, para ver quién sería el primero! También se deslizaban sobre las rocas, se resbalaban con las algas. Las espuelas del comandante se atascaban en las grietas, y el señor Blakeney (que siempre fue de maldecir), decía tantas barbaridades que uno pensaba que hasta los pájaros se asustarían al escucharlo. Por Dios, pero no era sino una vista maravillosa. En cuanto a atraparla, debía ser en esa parte de la roca que ve allí, en medio del mar, donde esperaba de pie y agitando un trozo de tela casi desde antes de que los pretendientes comenzaran a correr. La señorita Elly se sentaba en la casa de té, y reía sin parar. Fueron las únicas veces que vi a la señorita Elly reír, porque ella siempre fue una criatura apacible y tranquila, no como la señorita Ann, que era puro espíritu y vida, como el viento. Resultaba curioso mirarlas y pensar que eran hermanas pero a la vez eran tan diferentes.

»¿Encariñadas? ¡Cariño no es el término para eso! ¡Dios mío! Se amaban mutuamente. La señorita Elly se sentaba y observaba a la señorita Ann durante horas, y sostenía y besaba todo lo que le perteneciera a la señorita Ann como si fuera su hermana en sí, incluso si se trataba de un par de guantes viejos. Era la sombra de su hermana, solo su sombra. La madre de ambas falleció cuando la señorita Elly nació, y por eso la señorita Ann fue la madre de la señorita Elly. No había otra madre mejor que ella, aunque no era más que una chiquilla en ese momento, solo una chiquilla.

»¿Usted cree que la señorita Elly era la más hermosa, señor? ¡Por Dios, ningún hombre en el condado de Galway siquiera miró a la señorita Elly, ni pensó en ella, mientras la señorita Ann estaba aquí! Ella era solo su sombra, como le digo. ¡Y pensar que ahora no queda nada más de la señorita Ann que su sombra! ¡Dios mío, Dios mío!

»Solía tratar de obtener la verdadera opinión de O'Connor sobre mi rival, y de vez en cuando llevaba la conversación hacia el tema de la familia O'Hara, pero el anciano era muy cauteloso, y no era fácil lograr que hablara.

»—Era gente decente, claro que sí, muy decente, no podría ser de otra forma —decía. Hubo algunos O'Haras importantes en el condado, pero él nunca había visto a ninguno de ellos. En cuanto al señor O'Hara, era «un

joven bien desarrollado, un joven muy bien formado», y eso era todo lo que podía lograr que dijera sobre él.

»Sin embargo, por la peculiar mueca que su boca adquiría al hablar de ellos, era evidente que consideraba a aquella familia inferior polvo bajo los pies de sus propios amos, y que la sola noción de que uno de ellos aspirase a mirar a los ojos a una d'Arcy era un acto casi demasiado audaz en su opinión. Al mismo tiempo, no tengo ningún motivo para creer que me consideraba más digno. De hecho, por lo que percibí, se trataba más bien de todo lo contrario.

»Pues bien, debo avanzar, o estaré toda la noche contándole mi historia. Se puede imaginar fácilmente que O'Hara y yo nos odiábamos más o menos, y que mis esperanzas y temores aumentaban o disminuían, de acuerdo con si él o yo parecíamos obtener la ventaja. Ahora continuaré para contarle cómo esta rivalidad nuestra llegó a su fin, y cómo se resolvió el asunto, aunque nunca he podido comprender por qué fue así.

»Había acompañado a la señorita d'Arcy a la «casa de té», como la llamaba O'Connor, y nos habíamos sentado juntos durante un rato en la entrada, mirando al mar. Comenzaba a hacer frío, y al ver que ella no había traído un manto u otro abrigo, me ofrecí a regresar a la casa y buscar uno, por lo que tuve que dejarla sentada sola en la entrada.

»Había llegado a la casa y había regresado al punto de la ladera desde la que se veía la casita de verano, cuando, mirando hacia allí, vi, para mi sorpresa, que la señorita d'Arcy ya no estaba. Fue entonces cuando logré divisarla. Había bajado los escalones empinados y rocosos, y en ese momento caminaba lentamente por el sendero angosto (la pista de la señorita Ann) y miraba de un lado a otro, como buscando algo o a alguien que esperaba encontrar allí.

»Ahora bien, ese arrecife de rocas en particular me parecía un lugar en extremo peligroso para caminar, incluso con buen clima. Justo en ese momento la brisa era bastante fuerte, y las olas rompían a cada minuto en la parte que se adentraba en el mar, y dejaba un espacio entre la pasarela y la gran roca en la que terminaba.

»Me aterrorizaba tanto verla allí que apenas podía moverme, y, aunque traté de darme prisa, era consciente de que avanzaba a un paso demasiado lento. Mientras tanto, la señorita d'Arcy caminó en silencio hasta llegar a la brecha cercana al final. Allí se detuvo y se quedó mirando el espacio entre las rocas y el agua, que era, por momentos, bastante ancho, mientras que luego se encogía hasta parecer un simple hilo de plata. Allí esperó un poco

y luego, de pronto, intentó saltar sobre el agua, como solía saltar su hermana, la señorita Ann, según me contó el viejo O'Connor.

»No sé si su pie resbaló, o si el espacio en sí era demasiado ancho, o qué fue lo que sucedió pero, cualquiera haya sido el caso, se cayó y se quedó allí tumbada, con el agua corriendo sobre ella, incapaz de recuperarse e indefensa. Estaba seguro de que sería arrastrada al mar por la próxima gran ola.

»Corrí a toda velocidad, como podrá imaginarse. Nunca olvidaré la horrible sensación de verla allí, con las olas pasando sobre ella, sin poder alcanzarla. Todo el tiempo estuve seguro de que el mar se la llevaría delante de mis ojos. Para entonces, ya se estaba agarrando con las dos manos de las algas, pero estas cedían y no podía esperarse que duraran más de un minuto o dos. Tenía el corazón en la boca, mis piernas parecían hechas de plomo, y sentí, en lugar de ver, que llegaría demasiado tarde. Esos horribles remolinos verdes seguían enroscándose a su alrededor, mientras los grandes filamentos marrones de algas flotaban en círculos en el agua bajo sus pies. Era como una pesadilla, mis piernas parecían estar atadas, y mis rodillas se golpeaban, por lo que apenas podía moverme. Llegué hasta donde comenzaban las rocas, pero todavía me quedaba una distancia considerable cuando oí un grito a mi izquierda, y de inmediato se oyó un sonido de pasos que retumbaban, los pasos de alguien que bajaba por el sendero empinado, que en este punto terminaba casi en el mar. Miré en esa dirección y vi, con una curiosa mezcla de alivio y furia, que alguien se encontraba frente a mí. Era O'Hara, por supuesto. No sé cómo había logrado aparecer en la escena exactamente en el momento exacto, pero desde que escuché su primer grito, parecía haber bajado la pendiente, cruzado el tramo empinado que estaba debajo de las rocas, saltado al mar, nadado hasta el arrecife, trepado hasta la cima y haber atrapado a la señorita d'Arcy. La levantó en sus brazos y regresó con ella a la casa.

»Se acercó a donde me encontraba, enloquecido por la ira, y apenas capaz de evitar precipitarme sobre él, y arrastrarla, o intentar arrastrarla lejos de sus brazos. Él no me hizo caso y ella tampoco. De hecho, yacía como un bebé en sus brazos, con los ojos cerrados y el rostro lívido. O'Hara caminó directamente hacia la casa, y subió las escaleras con el aire de un hombre que tiene todo el derecho del mundo a hacerlo. Los seguí a paso lento, pero, al llegar a la puerta, me quedé afuera sobre la hierba, mientras los celos y el odio de diez mil demonios me desgarraban y roían el pecho.

»Cinco minutos más tarde salió de nuevo, con una expresión de triunfo en su rostro, y caminó directamente hacia donde yo me encontraba.

»Como ya le había contado, era un hombre fornido y guapo, y en esta ocasión parecía más guapo que nunca. La humedad de su ropa, que le resaltaba los músculos espléndidos de los brazos y espalda, lo hacía parecer también mucho más grande de lo normal.

»—¡Bueno, señor! —me dijo. Por lo que recuerdo, eso fue todo lo que manifestó, pero el tono fue suficiente. Percibí que desbordaba de orgullo ante su triunfo y que consideraba que la rivalidad entre nosotros había terminado. Creía que había ganado, y que no había nada más que decir o hacer al respecto.

»Le fruncí el ceño furiosamente, pero también acepté mi derrota, aunque, como dije antes, nunca pude entender por qué lo hice.

»—Está bien —dije hoscamente, respondiendo al tono más que a las palabras—. No deje que muera de hambre si es que puede evitarlo, ¿eso es todo! —Me di media vuelta, y avancé por el camino.

»Haber dicho eso fue muy cruel de mi parte, teniendo en cuenta que O'Hara no podía evitar su propia pobreza, y no puedo entender por qué lo dije, así como no puedo entender por qué creí que el mero hecho de que le hubiera salvado la vida mientras que yo no había podido, daba por terminado al asunto entre nosotros. Solo puedo suponer que hay ocasiones, incluso en estos días, en que una lucha entre dos hombres tiende a reducirse a una pelea, en la que el mejor hombre, en términos de resistencia física, gana. Era casi como si hubiéramos corrido una carrera, como los pretendientes de la señorita Ann en el relato de O'Connor. O'Hara, la había ganado, y se había asegurado el premio.

»Es posible (puesto que no quiero mostrarme mejor de lo que era) que en el fondo tuviese la sensación de que llevar a casa a esta pobre, bella y perturbada criatura y presentarla como mi esposa hubiera sido demasiado precipitado. Al final, los hombres son animales cautelosos, incluso cuando están perdidamente enamorados, y eso puede haber tenido algo que ver con la extraña sumisión, que aún no puedo explicar, con la que cedí el premio que ambos nos habíamos disputado.

»Después de esto, no había nada más que hacer. Solo me hice a un lado, y dejé que las cosas siguieran su curso, como si yo nunca hubiera aparecido en la escena. Por temor, supongo, a cualquier retraso adicional, O'Hara tomó todo el asunto en sus propias manos y llevó a cabo los arreglos para su matrimonio con la mayor celeridad. En cuanto a la propia Elly, pobrecita, era como un niño en sus manos. Creí entonces, y aún continuo creyendo, que si hubiera tomado su destino en mis manos, y le hubiese pedido que se fuera conmigo, habría aceptado. En aquellas circunstancias,



fue O'Hara quien le había pedido que fuera con él, y su destino era Estados Unidos.

»El último día llegó. Me mantuve fuera de su camino tanto como pude, aunque una determinación obstinada de contemplar cómo acababa la historia me había impedido abandonar el Castillo d'Arcy hasta que todo hubiera terminado. Se decidió que iban a casarse en Galway, donde O'Hara tenía algunos contactos, y, al día siguiente, zarparían en un barco con dirección a Nueva York. Nora iba a acompañar a su joven ama, y su esposo viajaría luego, cuando consiguiera dinero suficiente para su boleto.

»La noche antes de que partieran, fui a despedirme de la señorita d'Arcy. Estaba saliendo de la casa cuando, de repente, me topé con O'Hara, casi en el mismo lugar en el que nos separamos con tanto enojo el día de su aventura en el arrecife.

»Pasaba por allí, sin prestarme atención, pero lo detuve con brusquedad.

»—Deténgase un momento, señor O'Hara —le dije—. Se terminó. Usted la ha conquistado, y no hay nada más que decir. El otro día le hablé de forma muy poco civilizada, pero debe reconocer que de seguro usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Lo que quiero decirle ahora es simplemente esto: ¡Por el amor de Dios, cuídela mucho! Y, mire... —Saqué una hoja de un libro de memorandos, y se la entregué—. Quiero que tome esta dirección y me prometa que si alguna vez tiene alguna dificultad; si alguna vez ella... si alguna vez puedo hacer algo por ella me lo hará saber. ¿Me lo promete?

»Me miró fijo por un momento.

»—Lo haré, señor. Juro por Dios que lo haré. Es usted un caballero. Adiós, señor.

»Fue un adiós definitivo, ya que nunca volví a verlos. Al día siguiente, partieron muy temprano rumbo a Galway y yo regresé a Inglaterra.

Mi viejo amigo guardó silencio durante un tiempo considerable después de haber terminado su historia, y yo tampoco dije nada. Finalmente pregunté:

—¿Nunca la volvió a ver?

—Nunca.

—¿Y el señor O'Hara no le escribió?

—Nunca —repitió—. Desde ese día hasta ahora, nunca he sabido nada sobre ninguno de los dos.

Volvió a guardar silencio, y yo también permanecí callado, en parte para no molestarlo, en parte porque su historia me había hecho pensar en muchas cosas. El resto del grupo se había ido a la cama hacía tiempo, y la casa se había sumido en un silencio absoluto. Entonces me levanté, me acerqué a una ventana, la abrí y miré hacia afuera. Un trozo de enredadera que se había soltado había estado golpeteando la pared durante toda la última parte de la historia. La vista desde esta ventana en la que estaba parado no era particularmente bella, pero sí bastante alegre durante el día. A través de un espacio entre los árboles se vislumbraba un camino que pasaba por la casa hasta la ciudad rural más cercana, de modo que, en general, se podía ver a las personas entrar y salir, y se escuchaba el reconfortante movimiento de las ruedas. A esta hora, sin embargo, no se podía percibir nada, y, salvo por ese golpeteo persistente de la enredadera, el silencio era absoluto. Un pequeño estanque, que se había formado en un desnivel junto a la casa, brillaba con un brillo apagado y sombrío que, al mirar más de cerca, descubrí que provenía del reflejo de una estrella que brillaba justo sobre él. Era septiembre y el aire ya comenzaba a sentirse frío. Las ramas de los árboles seguían meciéndose de forma monótona, con un movimiento lento y recurrente, y, a través de un espacio entre dos de ellas, pude distinguir una larga franja de camino vacío, que, gris y sombrío, parecía prolongarse hacia el infinito.